

Los diarios del cáncer
Audre Lorde

Traducción de Gabriela Adelstein

Lorde, Audre

Los diarios del cáncer. - 1a ed. - Rosario: Hipólita Ediciones, 2008.

80 p. ; 13x20 cm.

Traducido por: Gabriela Adelstein

ISBN 978-987-22164-3-6

1. Feminismo. 2. Cáncer. 3. Literatura Norteamericana. I. Adelstein, Gabriela, trad. II. Título
CDD 305.4

Fecha de catalogación: 07/12/2007

Quiero reconocer con gratitud a todas las mujeres que compartieron su fortaleza conmigo todo este tiempo, y un agradecimiento especial a Maureen Brady, Frances Clayton, Michelle Cliff, Blanche Cook, Clare Coss, Judith McDaniel, y Adrienne Rich, cuyo apoyo y crítica amorosos ayudaron a terminar este trabajo.

Introducción

1

Cada mujer responde a la crisis que trae a su vida el cáncer de mama a partir de un esquema general, que es el diseño de quién ella es y cómo ha sido vivida su vida. El tapiz de su existencia diaria es el campo de entrenamiento para manejar las crisis. Algunas mujeres tapan los sentimientos dolorosos que rodean a la mastectomía con una manta de “hacer lo habitual”, manteniendo así esos sentimientos cubiertos por siempre, pero expresados en otro lado. Para algunas mujeres, en un valiente esfuerzo para no ser vistas como meras víctimas, esto implica insistir en que no existen tales sentimientos, y que no ha pasado nada. Para algunas mujeres implica el minucioso estudio de la guerrera, de otra arma más: un arma no deseada pero útil.

Soy una mujer post-mastectomía que cree que nuestros sentimientos necesitan voz para ser reconocidos, respetados, y útiles.

No quiero que mi ira y dolor y miedo sobre el cáncer se fosilicen en otro silencio más, ni me roben la fortaleza que puede haber en el centro de esta experiencia, abiertamente reconocida y examinada. Para otras mujeres de cualquier edad, color e identidad sexual que reconocen que el silencio impuesto sobre cualquier área de nuestras vidas es una herramienta para la separación y la falta de poder, y para mí misma, he tratado de expresar algunos de mis sentimientos y pensamientos sobre el engaño de las prótesis, el dolor de la amputación, la función del cáncer en una economía de lucro, mi confrontación con la mortalidad, la fuerza del amor de las mujeres, y el poder y las recompensas de una vida consciente.

El cáncer de mama y la mastectomía no son experiencias únicas, sino compartidas por miles de mujeres estadounidenses. Cada una de estas mujeres tiene una voz particular que alzar en lo que debe convertirse en un grito femenino contra todos los cánceres evitables, y contra los miedos secretos que permiten que esos cánceres prosperen. Que estas palabras sirvan como incentivo para otras mujeres, para hablar y actuar nuestras experiencias con el cáncer y con otras amenazas de muerte, porque el silencio nunca nos ha traído nada valioso. Más que nada, que estas palabras remarquen las posibilidades de autocuración y la riqueza de la vida, para todas las mujeres.

Lo común es el aislamiento y la reevaluación dolorosa, compartidos por todas las mujeres con cáncer de mama, sea esta generalidad reconocida o no. No es mi intención juzgar a aquella mujer que ha elegido el camino de la prótesis, el silencio y la invisibilidad, la mujer que desea ser “la misma de antes”. Ha sobrevivido gracias a otro tipo de coraje, y no está sola. Cada una de nosotras lucha diariamente contra las presiones de la conformidad y la soledad de la diferencia, de las que esas elecciones parecen ofrecer una vía de escape. Sólo sé que esas elecciones no funcionan para mí, ni para otras mujeres que, no sin miedo, han sobrevivido al cáncer mediante el escrutinio de su significado dentro de nuestras vidas, intentando integrar esta crisis en fortalezas útiles para el cambio.

Esta selección de anotaciones de diario, que comienzan seis meses después de mi mastectomía radical modificada debida a cáncer de mama y se extienden más allá de la finalización de los ensayos que componen este libro, ejemplifica el proceso de integración de esta crisis con mi vida.

26 enero 1979

No me siento muy esperanzada estos días, ni sobre mi ser ni sobre nada. Manejo los movimientos externos de cada día mientras el dolor me llena como un absceso, y cada toque amenaza con romper la tensa membrana que evita que el pus fluya y envenene toda mi existencia. A veces la desesperación barre mi consciencia como vientos lunares sobre una superficie estéril. Caballos con herraduras de hierro hacen estragos, subiendo y bajando por cada nervio. Oh Seboullisa ma, ayudame a recordar eso que aprendí con tanto costo. Podría morir de diferencia, o vivir – una miríada de yos.

5 febrero 1979

Lo terrible es que nada me resbala estos días, nada. Cualquier horror permanece atornillado como con acero en mi carne, otro imán a la llama. Buster se ha unido a las filas de las inútiles y devastadoras muertes de jóvenes negros; en la galería hoy por todos lados feas imágenes de mujeres que ofrecen cuerpos distorsionados para cualquier fantasía en el nombre de arte masculino. Gárgolas de placer. Hermoso riente Buster, acribillado en la entrada de un edificio por noventa centavos. ¿Desaprenderé esa lengua en la que está escrita mi maldición?

1 marzo 1979

Es tal el esfuerzo para encontrar comida decente en este lugar, no entregarme a comer el viejo veneno. Pero debo cuidar mi cuerpo con por lo menos el mismo cuidado con el que atiende el compost, particularmente ahora cuando parece ser superfluo. Este dolor, esta desesperación que me circunda, ¿es un resultado del cáncer, o ha sólo sido liberado por el cáncer? Me siento tan poco a la altura de lo que siempre había manejado antes, las abominaciones de afuera que hacen eco del dolor interno. Y sí soy totalmente autorreferenciada ahora porque es la única traducción en la que puedo confiar, y estoy segura de que recién cuando cada mujer rastree uno por uno los hilos sangrientos y autorreferenciales de su tapiz, comenzaremos a alterar el diseño entero.

16 abril 1979

La enormidad de nuestra tarea, dar vuelta el mundo. Siento como si estuviera dando vuelta mi vida, de adentro para afuera. Si puedo mirar directamente mi vida y mi muerte sin acobardarme, sé que nunca más me podrán hacer nada. Debo contentarme con ver cuán poco puedo hacer en realidad, y hacerlo con el corazón abierto. No puedo aceptar esto, nunca, como no puedo aceptar que dar vuelta mi vida sea tan difícil, comer distinto, dormir distinto, moverme distinto, ser distinta. Como dijo Martha, quiero a mi viejo yo, tan malo como antes.

22 abril 1979

Tengo que dejar que este dolor fluya a través de mí y pase. Si resisto o trato de pararlo de alguna manera, va a detonar dentro de mí, me va a destrozarse, mis pedazos van a salpicar todas las paredes y a todas las personas que toque.

1 mayo 1979

Viene la primavera, y todavía siento desesperación, como una pálida nube esperando para consumirme, abarcarme como otro cáncer, tragarme hasta inmovilizarme, metabolizarme en sus propias células; mi cuerpo, un barómetro. Necesito recordarme a mí misma la alegría, la levedad, la risa tan vital para mi vida y mi salud. De otro modo, lo otro siempre va a estar esperándome para comerme, de vuelta a la desesperación. Y eso implica destrucción. No sé cómo, pero es así.

septiembre 1979

No hay un lugar a mi alrededor en el cual estar quieta, para examinar y explorar cuál dolor es sólo mío – ningún instrumento para separar mi lucha interna de mi furia contra la maldad del mundo exterior, la estúpida y brutal falta de consciencia o preocupación que simula ser el modo en que son las cosas. La arrogante ceguera de las cómodas mujeres blancas. ¿Para qué sirve todo este trabajo? ¿Qué importa si alguna vez puedo volver a hablar o no? Trato. La sangre de mujeres negras fluye de costa a costa y Daly dice que la raza no nos afecta a las mujeres. Así que eso significa que o somos inmortales, o nacidas para morir sin que se tome nota, no-mujeres.

3 octubre 1979

No me siento con ganas de ser fuerte, pero ¿tengo opción? Duele cuando incluso mis hermanas me miran en la calle con ojos fríos y silenciosos. Soy definida como otra en cualquier grupo del que formo parte. La de afuera, la extraña, a la vez fortaleza y debilidad. Y sin embargo, sin comunidad ciertamente no hay liberación, no hay futuro, sólo el armisticio más vulnerable y temporario entre yo y mi opresión.

19 noviembre 1979

Quiero escribir furia pero todo lo que aparece es tristeza. Hemos estado tristes tanto tiempo como para hacer que esta tierra llore, o sea fértil. Soy un anacronismo, un deporte, como la abeja que no se suponía que volara. La ciencia lo dijo. Yo no debería existir. Llevo la muerte conmigo, en mi cuerpo, como una condenación. Pero vivo. La abeja vuela. Debe haber algún modo de integrar la muerte con la vida, ni ignorándola ni cediendo a ella.

1 enero 1980

Fe es el último día de Kwanza, y el nombre de la guerra contra la desesperación, la batalla que peleo diariamente. Soy cada vez mejor. Quiero escribir sobre esa batalla, las escaramuzas, las derrotas, las pequeñas y sin embargo tan importantes victorias que hacen la dulzura de mi vida.

20 enero 1980

La novela está terminada, por fin. Ha sido una saga de salvación. No necesito ganar para saber que mis sueños son válidos, sólo tengo que creer en un proceso del cual soy parte. Mi trabajo me ha mantenido viva este último año, mi trabajo y el amor de mujeres. Son

inseparables uno de otro. En el reconocimiento de la existencia del amor está la respuesta a la desesperación. El trabajo es ese reconocimiento con voz y nombre.

18 febrero 1980

Hoy cumpla 46 años viviendo y estoy muy feliz de estar viva, muy contenta y muy feliz. El miedo y el dolor y la desesperación no desaparecen. Sólo van haciéndose cada vez menos importantes. Aunque a veces todavía deseo una vida simple y ordenada con un hambre aguda como esa súbita hambre vegetariana por la carne.

6 abril 1980

Algunos días, si la amargura fuera una piedra de afilar, yo podría ser filosa como el desconsuelo.

30 mayo 1980

La primavera pasada fue otro pedazo del otoño y el invierno anteriores, una progresión de todo el dolor y la tristeza de ese tiempo, rumiados. Pero de alguna manera este verano que ya esta casi encima de mí se siente como una parte de mi futuro. Como un tiempo totalmente nuevo, y me alegro de saberlo, me lleve donde me lleve. Me siento como otra mujer, salida de la crisálida, y me convierto en una yo más ancha, estirada; fuerte y excitada, un músculo flexionado y listo para la acción.

20 junio 1980

No me olvido del cáncer por mucho tiempo, nunca. Eso me mantiene armada y alerta, pero también con un leve ruido de fondo de miedo. El libro de Carl Simonton, Getting Well Again, ha sido realmente útil, aunque a veces me enfurece que sea tan engreído. Las visualizaciones y las técnicas de relajación profunda que aprendí de él me hacen una persona menos ansiosa, lo que parece raro, porque en otros sentidos vivo con el miedo constante de la recurrencia de otro cáncer. Pero el miedo y la ansiedad no son lo mismo, para nada. Uno es la respuesta apropiada a una situación real que puedo aceptar y aprender a trabajar, de la misma forma en que trabajo la semi-ceguera. Pero la otra, la ansiedad, es una entrega inmovilizante a cosas que hacen ruido en la oscuridad, una entrega a lo sin nombre, a lo sin forma, a lo sin voz, y al silencio.

10 julio 1980

Soñé que había empezado a entrenarme para cambiar mi vida, con una maestra que se veía en sombras. No estaba yendo a clase, pero iba a aprender cómo cambiar mi vida completamente, vivir en forma diferente, hacer todo de manera nueva y diferente. No entendía del todo, pero confiaba en esta oscura maestra. Otra chica que estaba ahí me dijo que estaba haciendo un curso en "language crazure", lo opuesto a discrazure (la rajadura y el desgaste de la roca).^{} Pensé que sería muy interesante estudiar la formación y el quiebre y la composición de las palabras, así que le dije a mi maestra que quería hacer ese curso. Mi maestra dijo OK, pero que no me iba a ayudar para nada porque yo tenía que aprender otra cosa, y que no sacaría nada nuevo de esa clase. Le contesté que quizás no, pero aunque yo sabía todo sobre las rocas, por ejemplo, de todas maneras me gustaba estudiar su*

^{*} juego de palabras con craziness: locura (N. de T.)

composición, y dar un nombre a los distintos ingredientes de los que están hechas. Es muy interesante pensar que yo soy todas las personas de este sueño.

3

He aprendido mucho en los dieciocho meses desde mi mastectomía. Mis visiones de un futuro que puedo crear han sido pulidas por las lecciones sobre mis limitaciones. Ahora quiero dar forma con honestidad y precisión al dolor fe trabajo y amor que este período de mi vida ha traducido en fortaleza para mí.

A veces el miedo me acecha como otro tumor maligno, restando energía y poder y atención a mi trabajo. Un resfrío resulta siniestro; una tos, cáncer de pulmón; un moretón, leucemia. Esos miedos son más poderosos cuando no se les da voz, e inmediatamente aparece la furia por no poder evitarlos. Estoy aprendiendo a vivir más allá del miedo viviendo a través de él, y en el proceso aprendo a convertir la furia contra mis propias limitaciones en una energía más creativa. Me doy cuenta de que si espero hasta no sentir más miedo para actuar, escribir, hablar, ser, voy a estar enviando mensajes con una tabla Ouija, quejas crípticas desde el otro lado. Cuando me atrevo a ser poderosa, a usar mi fuerza al servicio de mi visión, entonces es menos importante si tengo o no miedo.

Como mujeres, hemos sido criadas para temer. Si no puedo desterrar el miedo completamente, puedo aprender a contar menos con él. Porque entonces el miedo se convierte no en un tirano en la lucha contra el cual malgasto mi energía, sino un compañero, no particularmente deseable, pero sí uno cuyo conocimiento puede ser útil.

Escribo tanto acá sobre el miedo porque mientras daba forma a esta introducción a *Los diarios del cáncer* sentía al miedo pesándome sobre las manos como una barra de acero. Cuando trataba de reexaminar los dieciocho meses que pasaron desde mi mastectomía, parte de lo que tocaba era desesperación fundida y oleadas de luto: por mi pecho perdido, por el tiempo, por el lujo del falso poder. No sólo era difícil y doloroso revivir estas emociones, sino que estaban entretrejidas con el terror de que, si me abría de nuevo al escrutinio, a sentir el dolor de la pérdida, a la desesperación, a las victorias demasiado pequeñas a mis ojos como para celebrarlas, entonces también podía abrirme de nuevo a la enfermedad. Tuve que recordarme a mí misma que ya había vivido todo eso. Había conocido el dolor, y lo había sobrevivido. Sólo me quedaba darle voz, compartirlo para usarlo, para que el dolor no fuera malgastado.

Al vivir una vida consciente, bajo la presión del tiempo, trabajo con la consciencia de la muerte sobre mi hombro, no constantemente, pero lo suficientemente a menudo como para que deje una marca sobre todas las decisiones y las acciones de mi vida. Y no importa si esta muerte llega la semana próxima o dentro de treinta años; esta consciencia da otra amplitud a mi vida. Ayuda a formar las palabras que digo, las formas en que amo, mi política de acción, la fuerza de mi visión y de mi propósito, la profundidad de mi valoración de la vida.

Mentiría si no hablara también de la pérdida. Cualquier amputación es una realidad física y psíquica que debe ser integrada en un nuevo sentido del yo. La ausencia de mi pecho es una tristeza recurrente, pero ciertamente no es algo que domine mi vida. Lo extraño, a veces muy agudamente. Cuando otras mujeres de un solo pecho se esconden detrás de la máscara de la prótesis o la peligrosa fantasía de la reconstrucción, encuentro poco apoyo en el medio femenino más amplio para mi rechazo de lo que siento como una farsa cosmética. Pero creo que las prótesis socialmente aprobadas son sólo otra forma de mantener a las mujeres con

cáncer de mama en silencio, y separadas unas de otras. Por ejemplo, ¿qué ocurriría si un ejército de mujeres con un solo pecho descendiera sobre el Congreso y demandara la prohibición del uso de hormonas carcinogénicas que se almacenan en los tejidos grasos?

Las lecciones de los últimos dieciocho meses han sido muchas: ¿cómo consigo los mejores nutrientes físicos y psíquicos para reparar daños pasados y minimizar daños futuros a mi cuerpo? ¿Cómo le doy voz a mis búsquedas, como para que otras mujeres tomen lo que necesiten de mis experiencias? ¿Cómo encajan mis experiencias con el cáncer en el tapiz más amplio de mi trabajo como mujer negra, y en el de la historia de todas las mujeres? Y sobre todo, ¿cómo lucho contra la desesperación nacida del miedo y la ira y la impotencia, que es mi mayor enemigo interno?

Descubrí que luchar contra la desesperación no significa cerrar los ojos ante la enormidad de las tareas necesarias para efectuar un cambio, ni ignorar la fuerza y la crueldad de las fuerzas alineadas en nuestra contra. Significa enseñar, sobrevivir y luchar con el recurso más importante que tengo: yo misma, y disfrutar esa lucha. Significa, para mí, reconocer al enemigo externo y al enemigo interno, y saber que mi trabajo es parte de un *continuum* de trabajo de mujeres, de recuperar esta tierra y nuestro poder, y saber que este trabajo no comenzó con mi nacimiento ni terminará con mi muerte. Y significa saber que dentro de este *continuum*, mi vida y mi amor y mi trabajo tienen un poder y un significado particulares para otras personas.

Significa pescar truchas en el Río Missisquoi al amanecer y saborear el verde silencio, y saber que también esta belleza es mía para siempre.

29 agosto 1980

Capítulo I

La transformación del silencio en lenguaje y acción *

Me gustaría comenzar mis comentarios sobre la transformación del silencio en lenguaje y acción con un poema. Su título es *A Song for Many Movements [Una Canción para Muchos Movimientos]* y esta lectura está dedicada a Winnie Mandela. Winnie Mandela es una insurgente sudafricana que ahora está en exilio en algún lugar de Sudáfrica. Había estado en prisión y había sido liberada, y fue apresada de nuevo después de sus declaraciones contra el encarcelamiento de alumnos y alumnas negras que estaban cantando canciones de protesta, y que fueron acusados de violencia pública... “Una canción para muchos movimientos”:

Nadie quiere morir en el camino
atrapada entre fantasmas de blancura
y el agua real
ninguna de nosotras quería dejar
nuestros huesos
en el camino a la salvación
tres planetas a la derecha
hace un siglo de años luz
nuestras especias son separadas y particulares
pero nuestras pieles cantan en claves complementarias
a las ocho menos cuarto
estábamos contando los mismos cuentos
una y otra vez.

Dioses rotos sobreviven
en las grietas y lodazales
de cada ciudad sitiada
donde es obvio
que hay demasiados cuerpos
para acarrear a los hornos
o patíbulos
y nuestros usos ahora son
más importantes que nuestro silencio
después de la caída
demasiadas cajas vacías
de sangre para enterrar o quemar
no habrá ya ningún cuerpo
para escuchar
y nuestro trabajo
es ahora más importante
que nuestro silencio.

* Originalmente leído como un discurso el 28 de diciembre de 1977 en el Panel Lésbico y de Literatura de la *Modern Language Association*.

Nuestro trabajo es ahora
más importante
que nuestro silencio.

(versión original en Audre Lorde, *The Black Unicorn*, W.W.Norton & Co., 1978)

Repetidamente he llegado a la convicción de que lo que es más importante para mí debe ser dicho, debe ser verbalizado y compartido, incluso arriesgando a que esto sea desvirtuado o malentendido. Que hablar me resulta provechoso, más allá de cualquier otro efecto. Estoy aquí parada como poeta negra lesbiana, y el significado de todo eso tiene que ver con el hecho de que todavía estoy viva, y podría no estarlo. Hace menos de dos meses, dos doctores (una mujer y un hombre) me dijeron que tenía que someterme a cirugía mamaria, y que había una posibilidad entre el 60 y el 80 por ciento de que el tumor fuera maligno. Entre eso que me dijeron y la cirugía en sí, hubo un período de tres semanas de la agonía de una reorganización involuntaria de mi vida entera. La cirugía se hizo, y el tumor era benigno.

Pero en esas tres semanas, me vi forzada a mirarme a mí misma y a mi vida con una claridad dura y urgente que me dejó todavía sacudida pero mucho más fuerte. Esta es una situación que enfrentan muchas mujeres, que enfrentan algunas de ustedes que están aquí hoy. Parte de lo que experimenté durante ese tiempo me ayudó a entender mucho de lo que siento respecto de la transformación del silencio en lenguaje y acción.

Al tomar conciencia, forzosa y esencialmente, de mi mortalidad, y de lo que yo deseaba y quería para mi vida, por más corta que fuera, las prioridades y las omisiones quedaron claramente dibujadas bajo una luz impiadosa, y de lo que más me arrepentí fue de mis silencios. ¿De qué había tenido miedo? Cuestionar, o decir lo que pensaba, podría haber significado dolor, o muerte. Pero todas sufrimos de tantas maneras diferentes, todo el tiempo, y el dolor o cambia, o termina. La muerte, por otro lado, es el silencio final. Y eso podía llegar rápidamente, ahora, sin considerar si yo alguna vez había dicho lo que debía ser dicho, o si sólo me había traicionado en pequeños silencios, mientras planeaba hablar, alguna vez, o esperaba las palabras de alguna otra persona. Y empecé a reconocer una fuente de poder dentro de mí misma, que viene de saber que, si bien lo más deseable es no tener miedo, aprender a poner ese miedo en perspectiva me dio una gran fuerza.

Yo iba a morir, tarde o temprano, hubiera hablado o no. Mis silencios no me habían protegido. Tu silencio no te protegerá. Pero con cada palabra real dicha, con cada intento hecho alguna vez por decir esas verdades que todavía estoy buscando, había hecho contacto con otras mujeres mientras examinábamos las palabras que encajaran en un mundo en el que todas creyéramos, salvando nuestras diferencias. Y fue la preocupación y el afecto de todas esas mujeres lo que me dio fuerzas y me permitió analizar lo esencial de mi vida.

Las mujeres que me sostuvieron durante ese período fueron negras y blancas, viejas y jóvenes, lesbianas, bisexuales y heterosexuales, y todas compartíamos una guerra contra las tiranías del silencio. Todas me dieron una fuerza y un cuidado sin los cuales yo no podría haber sobrevivido intacta. Durante esas semanas de miedo agudo llegó el saber (dentro de la guerra que estamos peleando todas contra las fuerzas de la muerte, sutiles y no, conscientes o no) que no soy sólo una víctima: también soy una guerrera.

¿Cuáles son las palabras que todavía no tenés? ¿Qué necesitás decir? ¿Cuáles son las tiranías que te tragás día a día e intentás hacer tuyas, hasta que te enfermes y mueras de ellas, todavía en silencio? Quizás para algunas de ustedes que están aquí hoy, soy la cara de alguno de sus miedos. Porque soy una mujer, porque soy negra, porque soy lesbiana, porque soy yo misma, una guerrera negra haciendo mi trabajo, que viene a preguntarles: ¿están ustedes haciendo el suyo?

Y, por supuesto, tengo miedo (puede oírse en mi voz) porque la transformación del silencio en lenguaje y acción es un acto de autorrevelación y eso siempre parece cargado de peligro. Pero mi hija, cuando le conté sobre nuestro tópico de hoy y mis dificultades respecto de él, dijo: “Contales cómo nunca sos realmente una persona entera si te quedás en silencio, porque siempre está ese pedacito dentro de vos que quiere ser dicho, y si lo seguís ignorando, se enoja cada vez más y se calienta cada vez más, y si no lo decís un día va a saltar y te va a dar una trompada en la boca”.

Por el silencio, cada una de nosotras dibuja la cara de su propio miedo: miedo del deprecio, de la censura, o algún juicio, o reconocimiento, de desafío, de aniquilación. Pero sobre todo, creo, tememos la visibilidad misma sin la cual tampoco podemos vivir verdaderamente. En este país donde la diferencia racial crea una constante, aunque silenciada, distorsión de la visión, las mujeres negras han sido siempre por un lado sumamente visibles, y así, por el otro, han sido invisibilizadas mediante la despersonalización del racismo. Incluso dentro del movimiento de mujeres, hemos tenido que luchar (y seguimos luchando) por la misma visibilidad que nos hace más vulnerables, nuestra negritud. Porque para sobrevivir en las fauces de este dragón que llamamos América, hemos tenido que aprender esta primera y más vital lección: que no se suponía que sobrevivieramos. No como seres humanos. Y tampoco se suponía que sobreviviera la mayoría de las que están aquí hoy, ya sean negras o no. Y esa visibilidad que nos hace más vulnerables es también la fuente de nuestra mayor fuerza. Porque la máquina tratará de pulverizarnos de todas maneras, hablemos o no. Podemos sentarnos en nuestros rincones, mudas para siempre, mientras nuestras hermanas y nosotras mismas nos arruinamos, mientras nuestros hijos son distorsionados y destruidos, mientras nuestra tierra es envenenada, podemos sentarnos en nuestros seguros rincones mudas como botellas, y aún así no tendremos menos miedo.

En mi casa este año estamos celebrando la fiesta de Kwanza, el festival afroamericano de la cosecha que comienza el día después de Navidad y dura siete días. Hay siete principios de Kwanza, uno para cada día. El primer principio es Umoja, que significa unidad, la decisión de trabajar por y mantener la unidad de sí misma y de la comunidad. El principio para ayer, el segundo día, era Kujichagulia: autodeterminación, la decisión de definirnos nosotras mismas, darnos un nombre nosotras mismas, y hablar por nosotras mismas, en lugar de ser definidas y descriptas por otros. Hoy es el tercer día de Kwanza, y el principio para hoy es Ujma: trabajo colectivo y responsabilidad, la decisión de construir y mantenernos unidas nosotros mismos y a nuestras comunidades, y de reconocer y solucionar nuestros problemas juntos.

Cada una de nosotras está aquí ahora porque de alguna manera compartimos un compromiso con el lenguaje y con el poder del lenguaje, y con recuperar de ese lenguaje lo que ha sido usado en nuestra contra. En la transformación del silencio en lenguaje y acción, es vitalmente necesario que cada una de nosotras defina o analice su función en esa transformación, y reconozca su rol como vital para esa transformación.

Para aquellas de nosotras que escribimos, es necesario examinar no sólo la verdad de lo que decimos, sino la verdad del lenguaje que usamos para decirlo. Para otras, es compartir y difundir también esas palabras que nos son significativas. Pero en forma primaria, para todas nosotras, es necesario enseñar, viviendo y diciendo esas verdades en las que creemos y que sabemos más allá del entendimiento. Porque sólo de esta manera podemos sobrevivir: participando en un proceso de vida creativo y continuo, que es el crecimiento.

Y nunca es sin miedo; de la visibilidad, de la inclemente luz del escrutinio y quizás de los juicios, del dolor, de la muerte. Pero ya hemos sobrevivido a todo eso, en silencio, excepto la muerte. Y me recuerdo a mí misma todo el tiempo, ahora, que si hubiera nacido muda, o si hubiera mantenido un voto de silencio durante toda mi vida para estar a salvo, aún así habría sufrido, y aún así moriría. Esto es muy bueno para establecer una perspectiva.

Y donde las palabras de mujeres están gritando por ser oídas, cada una de nosotras debe reconocer nuestra responsabilidad de buscar esas palabras, leerlas y compartirlas y analizar su pertinencia respecto de nuestras vidas. No podemos escondernos detrás de las falsas separaciones que nos han sido impuestas y que tan a menudo aceptamos como propias: por ejemplo, “No puedo enseñar literatura escrita por mujeres negras: su experiencia es tan distinta de la mía”, y sin embargo, ¿cuántos años han dedicado a enseñar Platón y Shakespeare y Proust? O si no: “Ella es una mujer blanca, ¿qué podría tener para decirme?” O: “Ella es lesbiana, que diría mi marido, o mi jefe?” O también: “Esta mujer escribe sobre sus hijos, y yo no tengo hijos.” Y todas las otras infinitas formas en las que nos robamos de nosotras mismas y de las otras.

Podemos aprender a trabajar y a hablar cuando tenemos miedo, de la misma forma en que hemos aprendido a trabajar y a hablar cuando estamos cansadas. Porque hemos sido socializadas para respetar más el miedo que nuestras propias necesidades de lenguaje y definición, y mientras esperamos en silencio por ese lujo final que es el no tener miedo, el peso del silencio nos ahogará.

El hecho de que estamos aquí y de que yo ahora digo estas palabras, es un intento por romper ese silencio y acortar algunas de esas diferencias entre nosotras, porque no es la diferencia lo que nos inmoviliza, sino el silencio. Y hay tantos silencios que romper.

Capítulo II

Cáncer de mama: una experiencia feminista lesbiana y negra

25 marzo 1978

La idea de saber, más que creer, confiar, o incluso comprender, siempre ha sido considerada herética. Pero yo con gusto pagaría cualquier precio en dolor que fuera necesario, por saborear el peso de la consumación; por ser llenada totalmente no con convicción ni con fe, sino con experiencia: sabiduría, directa y diferente de toda otra certeza.

10 octubre 1978

Quiero escribir sobre el dolor. El dolor de despertarme en la sala de recuperación, que se agrava con ese inmediato sentido de pérdida. De entrar y salir del dolor y las inyecciones. De la posición correcta para que mi brazo drene. La euforia del segundo día, y cómo desde ahí todo ha sido cuesta abajo.

Quiero escribir sobre el dolor que estoy sintiendo en este momento, sobre las lágrimas tibias que no dejan de venirme a los ojos... ¿por qué cosa? ¿Por mi pecho perdido? ¿Por la yo misma perdida? ¿Y cuál yo era ésa, de todos modos? ¿Por la muerte que no sé cómo posponer? ¿O cómo ir a su encuentro elegantemente?

Estoy tan cansada de todo esto. Quiero ser la persona que era, la verdadera yo. A veces siento que todo es un sueño y que seguramente ahora estoy por despertar.

2 noviembre 1978

Cómo pasás el tiempo, dijo ella. Leyendo, la mayor parte, dije yo. No podía decirle que la mayor parte del tiempo la paso sentada, mirando fijo las paredes vacías, o drogada, con el corazón endurecido, y entonces, un día cuando descubrí que finalmente podía masturbarme de nuevo, haciéndome el amor a mí misma durante horas. La llama era tenue y titilaba, pero fue un bienvenido alivio a la larga frialdad.

29 diciembre 1978

¿Qué nos puede quedar por temer, después de haber confrontado la muerte sin abrazarla? Una vez que acepto la existencia del morir, como un proceso de la vida, ¿quién puede ya tener nuevamente poder sobre mí?

Este es un trabajo que tengo que hacer sola. Hace meses que quiero escribir algo con significado – palabras sobre el cáncer: cómo afecta mi vida y mi consciencia como mujer, como la negra lesbiana feminista madre amante poeta todo lo que soy. Pero más aún, o igualmente, quiero iluminar las implicancias del cáncer de mama para mí, y las amenazas a la autorrevelación que se alinean tan rápidamente contra cualquier mujer que busca examinar esas preguntas, esas respuestas. Incluso de cara a nuestras propias muertes, a nuestra propia dignidad, no se nos permite definir nuestras necesidades ni nuestros sentimientos ni nuestras vidas.

Ni siquiera podía escribir sobre las amenazas externas a mi visión y acción porque las piezas internas me daban demasiado miedo.

Esta resistencia es una renuencia a reconocermé a mí misma, a mis propias experiencias y a los sentimientos que están enterrados en ellas, y a las conclusiones a ser extraídas de todo eso. También es, por supuesto, una renuencia a vivir o revivir, dar vida o nueva vida a ese dolor. El dolor de la separación de mi pecho fue por lo menos tan agudo como el dolor de separarme de mi madre. Pero ya lo hice una vez, antes, así que sé que puedo hacerlo de nuevo.

Hasta tratar de anotar todo esto paso a paso es un proceso de enfocar desde la periferia hacia el centro.

Hace un año me dijeron que tenía 80% de posibilidades de tener cáncer de mama. Esa vez, la biopsia dio negativo. Pero en el período de tres semanas entre que me dijeron que podía tener cáncer y saber que no lo tenía, encontré por primera vez las preguntas esenciales sobre mi propia mortalidad. Iba a morir, y podía ser mucho antes de lo que había pensado. Ese saber no desapareció con el diagnóstico de tumor benigno. Si no ahora, le dije a mi amante, entonces algún día. Nadie tiene 300 años. El terror que logré vencer en esas tres semanas me dejó con una determinación y una libertad de decir lo que necesitaba decir, y de disfrutar y vivir mi vida según lo necesitaba para mi propio significado.

Durante el verano siguiente, el verano de 1978, escribí en mi diario:

Sea cual sea el mensaje, espero sobrevivir a su entrega. Soltar, ¿es un proceso, o un precio? ¿Qué estoy pagando, el no ver antes? ¿Aprender al borde? ¿Soltar algo precioso pero ya no necesario?

Y así este otoño me encontré con el cáncer, desde una posición más preparada, digamos, pero aún así me dio flor de sacudón, tener que enfrentar el dolor y el miedo y la muerte que pensaba ya haber resuelto. No me di cuenta, en ese momento, de cuántas facetas tenían los términos de esa resolución, ni cuántas fuerzas pertenecientes a nuestras estructuras diarias se alineaban en su contra, ni cuán a menudo tendría que redefinir los términos porque se presentaban continuamente otras experiencias. La aceptación de la muerte como hecho, más que el deseo de morir, puede aumentar mis energías con una fuerza y un vigor que no siempre son posibles cuando un ojo está inconscientemente dirigido hacia la eternidad.

El mes pasado, tres meses después de la cirugía, escribí en mi diario:

Estos días, parece que me moviera mucho más lentamente. Es como si no pudiera hacer las cosas más simples, como si nada pudiera hacerse sin una decisión, y cada decisión es tan crucial. Sin embargo me siento fuerte y capaz en general, y sólo a veces toco ese lugar golpeado donde soy totalmente inadecuada para hacer las cosas que más deseo lograr. Para decirlo de otro modo, me siento siempre sensible en los lugares equivocados.

En septiembre de 1978, fui al hospital para una segunda biopsia. Esta vez todo sucedió mucho más rápido que el año anterior. No estaba el profundo miedo de la primera biopsia, pero a la vez no sentía la excitación de una experiencia completamente nueva. La noche antes, le dije a mi cirujano, “Estoy mucho más asustada esta vez, pero lo estoy manejando mejor.” En la superficie, por lo menos, todas esperábamos que esto fuera una

repetición. Mi primera reacción al sentir este bulto había sido, “Ya pasé por esto una vez. ¿Qué hacemos como bis?”

Bueno, lo que hicimos como bis fue la cosa en serio.

Me desperté en la sala de recuperación después de la biopsia sintiendo más frío del que recuerdo haber sentido jamás en mi vida. Estaba dolorida y aterrada. Sabía que era maligno. Cómo, no lo sé, pero sospecho que absorbí este dato de la sala de operaciones, mientras todavía estaba anestesiada. En realidad, estar “anestesiada” significa solamente que no podés contestar ni protegerte de lo que estás absorbiendo por tus oídos y por tus otros sentidos. Pero cuando levanté mi mano en la sala de recuperación y me toqué ambos pechos vendados, supe que había un tumor maligno en uno, y que habían hecho una biopsia del otro también. Fue sólo una afirmación. Habría dado cualquier cosa por sentir más calor en ese momento. El gong en mi cerebro de “maligno”, “maligno”, y las gélidas sensaciones de esa habitación frígida, atravesaron los restos de anestesia como una manguera de bomberos apuntada a mi cerebro. Lo único que podía focalizar era salir de esa habitación y entrar en calor. Grité y aullé y me quejé del frío y pedí por favor más frazadas, pero no las hubo. Las enfermeras se sintieron muy molestas por el griterío y me mandaron rápido a mi habitación.

Mi médico había dicho que iba a hacer biopsias de ambos pechos si uno era maligno. Yo no podía creer que este hospital no podía apagar el aire acondicionado o darme más frazadas. Las chicas amazonas tenían sólo quince años, pensé, ¿cómo lo manejaban?

Frances estaba ahí al lado de la puerta de mi habitación, como un gran girasol. Salí nuevamente de la anestesia cuando agarró mi mano en las suyas, deliciosamente cálidas, con su querida cara inclinada sobre la mía. “Es maligno, verdad, Frances, es maligno”, dije. Ella apretó mi mano y vi lágrimas en sus ojos. “Sí, mi amor, es maligno”, dijo ella, y la anestesia se me fue de nuevo frente al filo agudo de los hechos. “Amor, tengo tanto frío, tanto frío”, dije. La noche antes le había dicho, antes de que se fuera, “La verdadera victoria va a ser mi despertar de la anestesia.”

Las decisiones parecían mucho más fáciles. Todo el resto de ese día pareció un viaje de idas y vueltas a través del pequeño dolor en ambos pechos, y mi aguda consciencia del hecho de la muerte en el derecho. Esto estaba mezclado con el derretimiento de las realidades, con mi masticarlas, entre Frances y yo. Nuestra contención mutua (“Vamos a salir de esto, juntas”) y el frío, el terrible frío de esa primera hora. Y entre las dos, nuestras lágrimas conjuntas, nuestro rico amor. Nadaba, entrando y saliendo del sueño; sobre todo, saliendo.

Vinieron nuestras amigas y se quedaron, amorosas y colaboradoras y ahí, trajeron abrigos para apilar sobre mi cama y después un cubrecama y frazadas porque el hospital no tenía más frazadas, dijeron, y yo estaba desesperadamente fría de la fría sala de recuperación.

Recuerdo sus caras al compartir el saber y la promesa de una fuerza compartida, en los días que vendrían: días en los que seríamos puestas a prueba. De alguna manera era como si todas las personas que más amo hubieran venido una por una al lado de mi cama, donde hicimos un pacto secreto de fortaleza y sororidad no menos sagrado que si hubiera sido sellado con sangre en lugar de amor.

Intermitentemente, seguía pensando. Tengo cáncer. Soy una poeta feminista lesbiana negra, ¿cómo voy a hacer todo esto ahora? ¿Dónde están los modelos para lo que se supone que tengo que ser, en esta situación? Pero no había ninguno. Es así, Audre. Estás sola.

En los dos días que siguieron, me di cuenta, mientras agonizaba pensando en mis opciones y en qué hacer, que yo ya había tomado la decisión de ir a cirugía si fuera necesario, incluso antes de que la biopsia hubiera sido hecha. Sin embargo había querido, de todos

modos, una operación en dos etapas, separando la biopsia de la mastectomía. Quería tiempo para reexaminar mi decisión, para buscar realmente alguna otra alternativa que me diera buenas razones para cambiar de idea. Pero no había ninguna que me satisficiera.

Quería tomar la decisión de nuevo, y lo hice, conociendo las otras posibilidades, y leyendo ávida y exhaustivamente los libros que compraba a través de Frances y Helen y mis amigas. Estos libros ahora se apilaban por todos lados en ese triste cuartito, haciéndolo al menos un poquito parecido a mi casa.

Ya antes de la biopsia, desde el momento en que me interné el lunes a la tarde, mis amigas habían iniciado la red de apoyo de mujeres. Blanche y Clare llegaron de Southampton justo a tiempo, antes de que terminara el horario de visita, con una alucinante torta de ron francés y moca con un cartel de mazapán que decía “te amamos, audre”, terriblemente empalagosa y deliciosa como el pecado. Cuando los resultados dieron maligno el martes, esta red arrancó de nuevo a toda velocidad. Hasta el día de hoy, no sé qué habríamos hecho Frances y yo y los chicos sin ella.

Desde el momento en que me desperté con el calor de los tapados de Adrienne y Bernice y Deanna y Michelle y Frances sobre la cama, sentí que el Hospital Beth Israel estaba envuelto por una red de amor de mujer y de fuertes deseos de fe y esperanza todo el tiempo que estuve ahí, y esta red hizo más posible la autocuración, al saber que yo no estaba sola. Durante la hospitalización y por un tiempo después, parecía que ningún problema era demasiado pequeño ni demasiado grande para ser compartido y resuelto.

Mi hija Beth lloró en la sala de espera, cuando le dije que me iban a hacer una mastectomía. Dijo que estaba sentimentalmente ligada a mis pechos. Adrienne la consoló, haciéndolo entender de alguna manera que, por más duro que esto fuera, era diferente para mí porque no tenía su edad, y que nuestras experiencias eran diferentes.

Adrienne se ofreció para levantarse temprano a estacionar el auto de Frances para que ella pudiera estar conmigo antes de la operación. Blanche y Clare llevaron a los chicos a comprar ropa para la escuela, y ayudaron a darles la posibilidad de reírse en medio de tanta tristeza. Mi hermana Helen hizo sopa de pollo con albóndigas caseras. Bernice juntó material y nombres y testimonios sobre tratamientos alternativos para el cáncer e mama. Y esos tres días entre la biopsia y la mastectomía, los buenos deseos llovieron por el correo y el teléfono y la puerta y el éter psíquico.

Hasta el día de hoy, a veces me siento como una empresa: el amor y el cuidado y la preocupación de tantas mujeres fueron invertidos en mí, con los corazones tan abiertos. Mis miedos eran los miedos de todas.

Y, siempre, ahí estuvo Frances, brillando con una luz constante y cálida, cerca de la isla en la cual yo tenía que luchar sola.

Analicé las alternativas de la profesión médica tradicional: cirugía, rayos y quimioterapia. Analicé los tratamientos holísticos: dieta, terapia vitamínica, inmunoterapéutica experimental, enzimas pancreáticas de Alemania Occidental, y otras. La decisión sobre si realizar o no la mastectomía tendría que ser, finalmente, mi propia decisión. Siempre había sido firme en ese punto, y con esto en mente había elegido cirujano. Con los distintos tipos de información que había juntado antes de internarme, y la información adicional adquirida en los ajetreados tres días posteriores a la biopsia, ahora más que nunca tenía que examinar cuidadosamente los pro y los contra de cada posibilidad, siendo a la vez constante y agudamente consciente de que había tanto sobre lo que no se sabía.

Y todo el tiempo, como un trasfondo de dolor y terror e incredulidad, una vocecita aguda gritaba que nada de esto era verdad, que todo era una pesadilla que desaparecería si yo me quedaba totalmente inerte. Otra parte de mí volaba como un gran pájaro hacia el techo de cualquier lugar en el que estuviera, observando mis acciones y hablando incesantemente sobre todo, con sugerencias de factores olvidados, nuevas posibilidades de movimiento, y hasta comentarios procaces. Me sentía como si estuviera siempre escuchando un concierto de voces que venían de mi interior, todas con algo ligeramente distinto para decir, todas sumamente insistentes, y ninguna me dejaba descansar.

Con mucha eficacia apagaban la otra vocecita aguda que aconsejaba dormir, pero yo sin embargo sabía que estaba ahí, y a veces a mitad de la noche cuando no podía dormir, me preguntaba si no sería quizás la voz de la sabiduría en lugar de la voz de la desesperación.

Ahora me doy cuenta de que en esos días estaba en un estado misericordiosamente parecido al shock. En cierto sentido eran mis voces (esos miles de pedazos de mí misma y mi historia y experiencia y definiciones de mí misma que tanto había luchado por nutrir y mantener) las que me estaban guiando en automático, digamos. A veces me sentía completamente calma serena y equilibrada, como si todo este asunto fuera un problema intelectual a ser analizado y resuelto: ¿tenía que someterme a una mastectomía, o no? ¿Cuál era el camino más sabio, con un diagnóstico de cáncer de mama y una historia de mastitis cística? Otras veces, me sentía casi abrumada por el dolor y la furia, y por lo inadecuado de mis herramientas para tomar una decisión significativa, y sin embargo tenía que hacerlo.

Me ayudó el hecho de que una voz fuerte insistía permanentemente en que, en verdad, yo ya había tomado esta decisión, que todo lo que tenía que hacer era recordar las piezas y juntarlas. Esto a veces me molestaba, el sentir que tenía no tanto que decidir sino recordar.

Sabía que el horror con el que había vivido durante un año desde mi última biopsia ahora se había convertido en realidad, y en cierto sentido esa realidad, por más difícil que fuera, era más fácil de manejar que el miedo. Pero de todos modos todavía me resultaba muy duro no sólo enfrentar la idea de mi propia y frágil mortalidad, sino también esperar más dolor físico y la pérdida de una parte mía tan querida como era mi pecho. Y todas estas cosas operaban mientras tenía que tomar una decisión sobre qué hacer. Por suerte, me había entrenado durante mucho tiempo.

Escuchaba mis voces, analizaba las alternativas, masticaba el material traído por mujeres preocupadas. Parece como si hubiera transcurrido una eternidad entre mi vuelta a casa después de la biopsia y la toma de decisión, pero en realidad sólo pasó un día y medio.

El miércoles a la tarde le dije a Frances que había decidido someterme a cirugía, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Más tarde me contó que ella había temido que yo me negara a la cirugía, optando en cambio por un tratamiento alternativo, y que sentía que estaba preparada para aceptar cualquier cosa que yo decidiera, pero también que ella creía que la cirugía era la mejor elección.

Un factor importante en esta decisión fue el hecho innegable de que cualquier intervención quirúrgica en un área cística puede activar células cancerígenas que de otro modo podrían permanecer latentes. Me había enfrentado con esto un año antes, cuando tuve que decidir si hacer o no la biopsia, y con probabilidades tan altas de malignidad como tenía entonces, sentí que no tenía más opción que decidirme a hacerla. Ahora tenía que considerar nuevamente si la cirugía podría dar comienzo a otro proceso patológico. Abrumé a mi cirujano con interminables preguntas que él contestó de buena fe, las que pudo. Sopesé mis opciones. Había células malignas en mi pecho derecho, envueltas en un quiste de grasa, y si

no hacía algo al respecto me iba a morir de cáncer bastante rápido. Cualquier cosa que yo hiciera podía o no revertir ese proceso, y no lo sabría con certeza por mucho tiempo.

Como le dije a Frances más tarde, cuando llegó el punto de decidir busqué dentro de mí lo que yo realmente sentía y quería, y era vivir y amar y hacer mi trabajo, lo más que pudiera y durante el mayor tiempo posible. Así que simplemente elegí el camino que sentía era más adecuado para lograr mi deseo, sabiendo que habría pagado incluso con más que mi amado pecho para la preservación de ese yo-misma que no era definido sólo físicamente, y que podía considerarlo un buen negocio.

Una vez tomada esa decisión, me sentí cómoda con ella y pude avanzar. No pude elegir la opción de rayos y quimioterapia porque sentía claramente que todo lo que había leído al respecto sugería que estos tratamientos eran en sí mismos carcinogénicos. Las terapias experimentales sin cirugía eran posibilidades interesantes, pero todavía no habían sido probadas. La cirugía, una mastectomía radical modificada, si bien era traumática y dolorosa, detendría cualquier proceso. A este punto la mastectomía no era en sí misma nociva, porque cualquier proceso que pudiera iniciarse con la cirugía ya había comenzado con la biopsia. Sabía que podría llegar un momento en que resultara claro que la cirugía había sido innecesaria, por la eficacia de terapias alternativas. Podía estar perdiendo mi pecho en vano. Pero nada era tan seguro, y éste era un precio que estaba dispuesta a pagar por la vida, y sentí que lo que había elegido era lo más sabio para mí. Ahora creo que lo que era más importante no era lo que elegí hacer sino que era consciente de ser capaz de elegir, y habiendo elegido, me sentí fortalecida por haber tomado una decisión, por haber dado un paso por mí misma, por moverme.

Durante los tres días entre la mastectomía y la biopsia me sentí positivamente poseída por una furia por vivir que se convirtió en una determinación absoluta por hacer lo que fuera necesario para lograr esa vida, y recuerdo que me preguntaba si era lo suficientemente fuerte como para sostener esa determinación después de dejar el hospital. Si dejaba el hospital. Más allá de toda la toma de decisiones y de los grandes temas morales, estaba muerta de miedo por la anestesia. El conocimiento de los procedimientos no había reducido mi terror.

También temía no estar realmente en control, que ya fuera demasiado tarde para detener el avance del cáncer, que había demasiado para hacer y que quizás no pudiera hacerlo, que el dolor fuera demasiado fuerte. Demasiado fuerte para qué, no sabía. Tenía miedo. No sobrevivir a otra anestesia, que el pago de mi pecho no fuera suficiente: ¿para qué? Una vez más, no sabía. Creo quizás que tenía miedo de continuar siendo yo misma.

El año anterior, mientras esperaba casi cuatro semanas para mi primera biopsia, me había enojado con mi pecho derecho porque sentía que, de una forma inesperada, me había traicionado, como si ya se hubiera separado de mí y se hubiera puesto en mi contra, creando este tumor que podía ser maligno. Mi amado pecho de pronto se había apartado de las reglas que habíamos acordado para funcionar durante todos estos años.

Pero el día antes de la mastectomía escribí en mi diario:

21 septiembre 1978

La ira que sentí por mi pecho derecho el año pasado se ha desvanecido, y estoy contenta porque he tenido este año extra. Mis pechos siempre han sido tan preciados para mí desde que acepté tenerlos que habría sido una pena no haber disfrutado del último año de uno de ellos. Y creo que estoy preparada para perderlo ahora, no como en noviembre pasado, porque ahora realmente lo veo como una opción entre mi pecho y mi vida, y desde esa perspectiva no existe ninguna duda.

De alguna manera siempre supe que éste sería el resultado final, porque nunca me pareció un tema terminado. El año que pasó entretanto fue como un hiato, un interregno en una batalla interna en la que yo fácilmente podía ser una víctima, ya que ciertamente era una guerrera. Y en ese corto tiempo el sol brilló y los pájaros cantaron y yo escribí palabras importantes y he amado profusamente y he sido amada a cambio. Y si una vida de furias es la causa de esta muerte en mi pecho derecho, sigue sin existir nada que me resultara inaceptable antes, que yo aceptaría ahora para no perder mi pecho. Fue una tregua de doce meses en la que pude llegar a aceptar el hecho emocional/las verdades emocionales que vi por primera vez en esas horrorosas semanas del año pasado, antes de la biopsia. Si hago lo que necesito hacer porque quiero hacerlo, cuando llegue la muerte va a importar menos, porque habrá sido una aliada que me alentó.

Me sentí aliviada cuando el primer tumor fue benigno, pero en ese momento le dije a Frances que el verdadero horror sería si dijeran que era benigno y no lo fuera. Creo que mi cuerpo sabía que había algo maligno ahí, en alguna parte, y que eventualmente iba a tener que enfrentarlo. Bueno, lo estoy enfrentando lo mejor que puedo. Desearía no tener que hacerlo, y ni siquiera sé si lo estoy haciendo bien, pero estoy bien contenta de haber tenido este año extra para aprender a amarme de un modo diferente.

Voy a someterme a mastectomía, sabiendo que existen alternativas, algunas de las cuales suenan muy posibles como pensamiento correcto, pero ninguna me satisface lo suficiente. Dado que lo que estoy apostando es mi vida, y mi vida vale más que los goces sensuales de mi pecho, ciertamente no me puedo arriesgar.

7:30 p.m. Y sin embargo, aún si llorara durante cien años, no podría expresar la pena que siento en este momento, la tristeza de la pérdida. ¿Cómo se sentían las amazonas de Dahomey? Eran sólo unas niñas. Pero lo hacían por su propia voluntad, por algo en lo que creían. Supongo que yo también, pero no puedo sentir eso ahora.*

Eudora Garrett no fue la primera mujer con la cual compartí calidez y locura corporales, pero fue la primera mujer que me comprometió totalmente en nuestro amor. Recuerdo la hesitación y la ternura que sentí cuando toqué el hueco con profundas cicatrices que había bajo su hombro derecho y atravesaba su torso, la noche en que finalmente compartió conmigo el último dolor de su mastectomía en el calor claro y pesado de nuestra primavera mexicana. Yo tenía 19 años y ella 47. Ahora yo tengo 44 y ella está muerta.

Eudora vino a mí en mis sueños esa noche antes de la cirugía, en ese pequeño y frío cuarto de hospital, tan diferente de su colorido, caluroso y desordenado dormitorio en Cuernavaca, con su ser delgado de flor de conejito y su sonrisa torcida y un poco desdentada, y nos agarramos de las manos por un rato.

La mañana siguiente, antes de que Frances llegara, escribí en mi diario:

* Se dice que las guerreras amazonas de Dahomey se cortan el pecho derecho para ser mejores arqueras.

22 septiembre 1978

Hoy es el día en la gris y lluviosa mañana y todo lo que puedo hacer ahora es llorar. Eudora, ¿qué te di en esos días en México, hace tanto tiempo? ¿Sabías cuánto te amaba? Nunca hablaste de tu muerte, sólo de tu trabajo.

Y después, a través del dopamiento de los tranquilizantes y el fumo, recuerdo la mano de Frances sobre la mía, y la última visión de su querida cara como un gran girasol en el cielo. Está el horror de esas luces relampagueantes que pasaban sobre mi cara, y el sonido metálico de ruidos destripados que no tienen contexto ni relación conmigo excepto que me atacan. Está la velocidad con que había dejado de ser una persona que es yo misma y me había convertido en una cosa sobre una camilla que debía ser entregada a Moloch, un oscuro sacrificio humano en el lugar blanco.

Recuerdo que grité y maldije de dolor en la sala de recuperación y recuerdo a una enfermera enojada que me dio una inyección. Recuerdo una voz que me decía que me callara porque ahí había gente enferma, y que yo dije, bueno, tengo derecho, porque yo también estoy enferma. Hasta las 5 de la mañana siguiente, despertarme con breves mares de dolor localizado e intenso entre las inyecciones y el sueño. A las 5 una enfermera me masajé de nuevo la espalda, me ayudó a levantarme y a ir al baño porque no podía usar la chata, y después me ayudó a sentarme en una silla. Me hizo una taza de té y jugo de fruta porque yo me sentía reseca. El dolor había bajado bastante.

No podía mover mi brazo derecho ni mi hombro, ambos estaban insensibles, y envuelta alrededor de mi torso había una ancha venda elástica de debajo de la cual en mi lado izquierdo surgía el monte de mi pecho izquierdo, y de la que a mi derecha salían las puntas de blancos vendajes quirúrgicos. De abajo de la venda elástica en mi lado derecho emergían dos tubos de plástico, que goteaban a una botellita de plástico con forma de disco llamada hemovac que drenaba el área operada. Yo estaba viva, y era una mañana hermosísima. Me tomé despacio el té, y después volví a la cama.

Me desperté de nuevo alrededor de las 7:30 oliendo a Frances del otro lado de mi puerta. No podía verla porque todavía estaban levantadas las barandas de los costados de la cama, pero me senté lo mejor que pude con un solo brazo, y di un vistazo hacia atrás y ahí estaba ella, la persona que más necesitaba y quería ver, y nuestras sonrisas se encontraron y rebotaron por el cuarto y salieron al pasillo y calentaron todo el tercer piso.

Al día siguiente el sol resplandecía, y brilló constantemente durante los siguientes diez días. Llegó el equinoccio de otoño –el medio– el sol primero equidistante, y después yéndose. Fue uno de esos pocos otoños azules totalmente espléndidos de la ciudad de Nueva York.

Ese día después de la operación fue un cope increíble. Ahora lo pienso como la euforia del segundo día. El dolor era mínimo. Estaba viva. El sol brillaba. Recuerdo sentirme un poco simple pero bastante aliviada de que todo hubiera pasado, o por lo menos eso creía. Me puse una flor en el pelo y pensé, “Esto no es tan malo como yo temía.”

Durante los primeros dos días después de la cirugía, compartí acción de gracias con hermosas y queridas mujeres y dormí. Recuerdo que los chicos vinieron a verme y Beth hacía chistes, pero qué alegres se veían sus caras con el alivio de verme tan bien. Me sentía como si hubiera humo gris en mi cabeza y algo de lo que no me estaba ocupando, pero no estaba segura de qué. En un momento me puse una flor en el pelo y caminé por los pasillos buscando a Frances que se había ido a la sala de espera con Michelle y Adrienne para dejarme descansar.

De a ratos ponía la mano sobre el chato montículo de vendajes del lado derecho de mi torso y me decía a mí misma “mi pecho derecho no está”, y soltaba algunas lágrimas si estaba sola. Pero todavía no tenía un verdadero contacto emocional con la realidad de la pérdida; era como si estuviera también anestesiada emocionalmente, o como si los únicos sentimientos con los que podía conectarme fueran físicos, y la cicatriz no sólo estaba escondida bajo vendajes sino que por ahora dolía poco. Incluso cuando me miraba al espejo, la diferencia no era notable, por el bulto de los vendajes.

Y mis amigas, que me inundaron de amor y cuidado y aprecio y alivio me dieron tanta energía que por esas primeras cuarenta y ocho horas realmente me sentí como si hubiera terminado con la muerte y el dolor, e incluso con la pérdida, y que por alguna razón desconocida había sido sumamente afortunada. Estaba llena de una seguridad de que todo iba a salir bien, para decirlo con una de esas frases indeterminadas. Pero a partir de allí todo fue cuesta abajo.

En la mañana del tercer día, el dolor volvió a casa trayendo a todos sus parientes. Ninguno por sí solo era abrumador, pero todos en concierto, o incluso en pequeños grupos de repertorio, eran penosísimos. Estaban los constantes y los intermitentes. Los cortos y agudos, y los largos y sordos, y varias combinaciones de los mismos. Los músculos de mi espalda y de mi hombro derecho comenzaron a crujir como si hubieran sido desgarrados y ahora estuvieran volviendo a la vida lentamente y contra su voluntad. La pared del torso empezaba a doler y a quemar y a sentirse apuñalada alternadamente. Mi pecho que ya no estaba me dolía como si estuviera apretado en un torno. Ése quizás era el peor dolor de todos, porque venía con un complemento total de horror: el sufrimiento de una parte de mí que ya no estaba, me recordaría siempre mi pérdida. Repentinamente parecía que me estaba debilitando en lugar de fortaleciendo. La euforia y los efectos adormecedores de la anestesia comenzaban a pasar.

Sentía que mi cerebro era una papilla gris: no había tenido que pensar mucho durante los últimos dos días. Alrededor del momento en que comencé a sentir la verdadera cualidad de la subida que tenía por delante (adaptarme a un nuevo cuerpo, a un nuevo período, a una muerte posiblemente temprana) atacaron los dolores. El dolor comenzó a empeorar sostenidamente y yo me ponía cada vez más furiosa porque nadie me había hablado del dolor físico. Había pensado que el dolor emocional y psíquico sería lo peor, pero parecía ser el dolor físico lo que me estaba venciendo, o por lo menos eso escribí en ese momento.

La sensación volvía al área traumatizada al mismo tiempo que yo gradualmente iba saliendo del shock físico y emocional. Mis voces, esos varios pedazos de mí misma que me guiaron entre las operaciones, estaban reacomodándose en sus lugares más tranquilos, asignados, y una parte de mí cada vez más consciente luchaba por el poder, y no le gustaba nada lo que estaba encontrando/sintiendo.

Por lo tanto, en cierto modo el dolor físico era poder, porque mantenía a esa parte consciente de mí apartada de la percepción total de mi miedo y mi pérdida, consumiéndome, o más bien desgastándome durante las dos semanas siguientes. Ese período de dos semanas me parece ahora una eternidad, porque atravesé tantos cambios. En realidad el curso de mi convalecencia psíquica y física fue bastante rápido.

No sé por qué. Sí sé que fluyó a través de mí una enormidad de amor y apoyo de las mujeres que me rodeaban, y me sentía como bañada en una continua marea de energías positivas, incluso cuando a veces deseaba un poco de silencio negativo para complementar el dolor que sentía dentro de mí.

Pero el apoyo ahora siempre tendrá, para mí, un conjunto especial y vívidamente erótico de imágenes y sentidos, uno de los cuales es flotar sobre un mar dentro de un círculo de mujeres como burbujas calientes que me mantienen a flote sobre la superficie de ese mar. Puedo sentir la textura del agua invitante ahí bajo los ojos de ellas, y no le temo. Es el dulce olor de sus alientos y risas y voces llamándome lo que me da voluntad, me ayuda a recordar que quiero girar la cabeza, no quiero mirar hacia abajo. Estas imágenes fluyen velozmente; son las tangibles oleadas de energía que emanan de estas mujeres hacia mí lo que convertí en poder para sanarme.

Hay tanta espiritualidad falsa a nuestro alrededor en esta época, llámese “adoración de la diosa” o “el camino”. Es falsa porque se compra demasiado barato y se entiende poco, pero sobre todo porque no aporta, sino más bien quita, esa energía que necesitamos para hacer nuestro trabajo. Así que cuando aparece un ejemplo del verdadero poder del amor curativo, como éste, es difícil usar las mismas palabras para hablar sobre él porque tantas de nuestras mejores y más eróticas palabras han sido devaluadas.

Quizás puedo decir esto más simplemente: digo que el amor de las mujeres me sanó.

No fueron sólo las mujeres que tenía más cerca, aunque ellas fueron el núcleo. Estaba Frances. Y también aquellas mujeres que amo apasionadamente, y mis otras amigas, y mis conocidas, e incluso mujeres que no conocía.

Además de la energía de mujeres fuera de mí, sé que debe haber habido una energía correspondiente dentro de mí que me permitió conectarme con el poder que fluía. Una en realidad nunca olvida las primeras lecciones de supervivencia, si una sigue sobreviviendo. Si no hubiera sido por un montón de mujeres, durante toda mi vida, habría muerto hace mucho. ¡Y algunas de ellas eran mujeres que ni siquiera me gustaban! (Una monja; la directora de mi escuela secundaria; una jefa.)

En mi vida había sido tan completamente destrozada, en otros momentos, por razones muy diferentes, y había sobrevivido, mucho más sola de lo que estaba ahora. Sabía que si vivía podía vivir bien. Sabía que si la llama vital seguía ardiendo, habría combustible. Si podía querer vivir, siempre encontraría la forma, y la forma que fuera mejor para mí. Cuanto más sobrevivo más ejemplos tengo de esto, pero esencialmente es la misma verdad que aprendí el verano en que murió mi amiga Genevieve. Teníamos dieciséis años.

Describir las complejidades e la interacción entre el amor de adentro y el amor de afuera es una vocación de toda la vida.

Crecer siendo una Negra Gorda casi ciega en EEUU requiere tanta supervivencia que tenés que aprender de ello o morir. Genevieve, descansá en paz. Tatuados sobre mi corazón llevo una lista de nombres de mujeres que no sobrevivieron, y siempre hay lugar para un nombre más, el mío. Esto es para recordarme que incluso sobrevivir es sólo parte de la tarea. La otra parte es enseñar. Había estado entrenándome por mucho tiempo.

Cuando volví a casa el quinto día después de la cirugía, el resto de esas dos semanas estuvo permeado por dolor físico y sueños. Pasaba los días leyendo y deambulando de habitación en habitación, o con la mirada fija en paredes vacías, o recostada afuera, en el sol, mirando la parte de adentro de mis párpados. Y finalmente, cuando finalmente pude hacerlo de nuevo, masturbándome.

Luego, cuando el dolor físico fue pasando, dejó lugar para el otro. Pero en mi experiencia, no es cierto que primero llorás. Primero te duele, y después llorás.

Para mí, hubo un importante período provisorio entre el hecho en sí y mi comenzar a reconciliarme emocionalmente con lo que podía significar para mi vida tener cáncer, y haber perdido un pecho. Mi ser psíquico creaba un misericordioso espacio para la curación celular

física y los devastadores efectos de la anestesia sobre el cerebro. Durante ese período sentía todo el tiempo que no podía pensar bien, que algo que no podía recordar estaba fallando en mi cerebro. Parte de esto era el shock, pero la otra parte era la anestesia, además de conversaciones que probablemente había absorbido en la sala de operaciones mientras estaba drogada y vulnerable y era sólo capaz de registrar, no de reaccionar. Pero una amiga me contó hace poco que después de que murió su madre, durante seis meses sintió que no podía pensar ni recordar, y me impactó la similitud de estas sensaciones.

Tenía que permitir que mi cuerpo y mi mente siguieran su propio curso. En el hospital, no necesitaba tomar las pastillas para dormir que me ofrecían constantemente. Mi mayor preocupación, desde el día tres y durante los siguientes diez, era el creciente dolor físico. Este es un factor muy importante, porque está dentro de este período de cuasi-insensibilidad y de susceptibilidad infantil a las ideas (podía llorar, en cualquier momento, por casi cualquier cosa que estuviera fuera de mí) en el cual muchas estructuras y programas comienzan para las mujeres operadas de mama que nos alientan a negar las realidades de nuestros cuerpos que acaban de sernos tan gráficamente enseñadas, y estos viejos y estereotipados modelos de respuesta nos presionan para que rechacemos la aventura y la exploración de nuestras propias experiencias, por más difíciles y dolorosas que sean esas experiencias.

El segundo día en el hospital, yo había estado llorando cuando la enfermera llegó, y me mandó a otra mujer que estaba internada en el mismo pasillo que había tenido una mastectomía la semana anterior y estaba a punto de irse a casa. La mujer era una pequeña pelirroja exuberante en bata rosa, con una flor en el pelo. (Tengo una debilidad permanente e inexplicable por las mujeres con flores en el pelo.) Tenía más o menos mi edad, y tenía hijos crecidos que, dijo, querían que volviera a su casa. Inmediatamente supe que debían ser hijos varones. Me palmeó la mano y con un gesto indicó nuestros vendajes.

“No te sientas mal”, me dijo, “no servían para mucho, de todos modos.” Pero entonces abrió su bata y sacó pecho, su pecho casi de hueso, vestido con un alegre pijama con dibujitos, diciendo “¿Ahora cuál es el verdadero?,” y tuve que reír, a pesar de mí misma, por su energía, y porque había venido desde el fondo del pasillo sólo para hacerme sentir mejor.

Al día siguiente, cuando todavía no pensaba demasiado, excepto sobre cómo me estaba doliendo más y cuándo podría irme a casa, una amable mujer de *Reach for Recovery** vino a verme, con un mensaje sumamente optimista y un paquetito preparado que contenía un corpiño nocturno y un puñado de lana de cordero prensado: un apósito rosa pálido con forma de seno. Me dijo con orgullo que tenía 56 años. Era una mujer de admirables energías que claramente sostendría y defendería hasta la muerte aquellas estructuras de una sociedad que le han permitido tener un pequeño nicho en el cual brillar. Su mensaje era, “valés lo mismo que antes, porque podés verte exactamente igual que antes”. Lana de cordero ahora, después una buena prótesis apenas sea posible y nadie nunca va a notar la diferencia. Pero lo que dijo fue, “Vos nunca vas a notar la diferencia,” y ahí me perdió, porque yo estaba completamente segura de que yo notaría la diferencia.

“Mirame,” dijo, abriendo su elegante saco sastre celeste pastel y parándose frente a mí en un sweater azul apretado, con un gran medallón de oro repujado ubicado provocadoramente entre sus dos pechos considerables. “A ver, ¿podés decirme cuál es cuál?”

* *Reach for Recovery* nació en los años '60 como programa de la *American Cancer Society* impulsado por Terese Lasser, y es ahora una organización internacional de voluntarias que han experimentado el cáncer de mama y se entrenan especialmente para dar apoyo emocional y práctico. (N. de T.)

Tuve que admitir que no podía. Con su ajustado corset y su rígido corpiño *push-up*, ambos pechos me parecían igualmente irreales. Pero bueno, siempre fui una conocedora de pechos de mujer, y nunca me gustaron esos corpiños rígidos. Miré hacia otro lado, pensando, “¿Habrá feministas lesbianas negras en *Reach for Recovery*?”

Yo necesitaba hablar con mujeres sobre la experiencia que acababa de atravesar, y sobre lo que podía venir, y cómo lo estaban haciendo ellas y cómo lo habían hecho. Pero necesitaba hablar con mujeres que compartieran al menos algunas de mis preocupaciones y creencias y visiones más importantes, que hablaran al menos un poco mi propio lenguaje. Y con esta dama, por más admirable que fuera, no podía.

“Y tampoco interfiere demasiado con tu vida amorosa, querida. ¿Sos casada?”

“Ya no,” le dije. No tenía ni el ánimo ni el deseo ni el coraje para decir, quizás, “Amo a mujeres.”

“Bueno, no te preocupes. En los seis años desde mi operación me casé con mi segundo marido y lo enterré, dios lo bendiga, y ahora tengo un amigo maravilloso. No hay nada que hiciera antes, que no haga todavía ahora. Sólo me aseguro de tener una prótesis de más, por las dudas, y soy igual a todas las demás. Las de silicona son las mejores, y te puedo dar los nombres de los mejores institutos.”

Yo pensaba, “¿Cómo es hacer el amor con una mujer y tener sólo un pecho que roce contra ella?”

Pensé, “¿Cómo vamos a hacer para encajar tan perfectamente, otra vez?”

Pensé, “¿Habrá tenido algo que ver, nuestro hacer el amor?”

Pensé, “¿Cómo será ahora hacerme el amor? Mi cuerpo, ¿le seguirá pareciendo delicioso?”

Y por primera vez, profunda y fugazmente una oleada de tristeza me arrolló, llenándome la boca y los ojos hasta casi ahogarme. Mi pecho derecho representaba un área tan importante de sensación y de placer para mí, ¿cómo iba a soportar no sentir eso nunca más?

La señora de *Reach for Recovery* me dio un libro de ejercicios que me resultaron muy muy útiles, y me mostró cómo hacerlos. Cuando me sostenía el brazo en alto para ayudarme, su mano era firme y amigable y su pelo tenía un poco de olor a sol. Pensé qué lástima que una mujer tan fuerte no fuera torta, pero la habían agarrado demasiado temprano, y su pelo gris estaba teñido de rubio y muy batido.

Después de que se fue, asegurándome que *Reach for Recovery* siempre iba a estar para ayudarme, estudié el paquete que me había dejado.

El corpiño era como el que estaba usando, un corpiño suave de dormir con cierre delantero. A esta altura ya me habían sacado el vendaje elástico, y tenía un simple vendaje quirúrgico pegado sobre la incisión y el único drenaje restante. Mi pecho izquierdo me dolía todavía un poco por la biopsia, y por eso estaba usando corpiño. El relleno de lana de cordero era la parte más extraña de la colección. Lo examiné, en su sobre de nylon color rosa con un apex más fino y más oscuro, con la forma de una almeja gigante. Su sequedad grotesca me dio escalofríos. (Qué talle usás, me había dicho ella. 38D le dije. Bueno entonces te dejo un 40C dijo.)

Di la vuelta a mi cama y me paré frente al espejo de mi cuarto, y metí la cosa entre los pliegues arrugados del lado derecho de mi corpiño donde debería haber estado mi pecho derecho. Quedó ahí parada torcida, incómodamente inerte y sin vida, sin tener nada que ver conmigo, nada que yo pudiera imaginar. Además, el color estaba mal, y se veía grotescamente pálido a través de la tela del corpiño. En algún punto, hasta ese momento,

había pensado, bueno quizás saben algo que yo no sé y quizás tienen razón, si me lo pongo quizás me voy a sentir completamente diferente. Y no. Me saqué la cosa del corpiño, y la fina tela del pijama se volvió a acomodarse contra la superficie aplanada del lado derecho de mi parte de adelante.

Miré la amplia y suave curva que mi pecho izquierdo hacía bajo el pijama, una curva que parecía todavía más grande ahora que estaba sola. Me vi extraña y despareja y rara, pero de alguna manera, mucho más yo misma, y por lo tanto, tanto más aceptable, de lo que me veía con esa cosa metida entre la ropa. Porque ni siquiera la mejor prótesis del mundo podía deshacer esa realidad, o sentirse como se sentía mi pecho, y ahora o amaba mi cuerpo con un solo pecho, o sería para siempre una extraña para mí misma.

Entonces me subí de nuevo a la cama y lloré hasta quedar dormida, aunque eran las dos y media de la tarde.

Al cuarto día me sacaron el otro drenaje. Supe que los nódulos linfáticos no habían dado signos de proliferación del cáncer, y mi médico dijo que podía volver a casa al día siguiente, ya que me estaba reponiendo tan rápido.

Miré el área operada mientras el médico me cambiaba el vendaje, esperando que pareciera el devastado, poceado campo de batalla de una tremenda guerra catastrófica. Pero lo único que vi fue mi suave piel marrón de siempre, ligeramente tierna e hinchada desde la mitad de mi torso hasta la axila, por donde corría una fina línea cuyos bordes se mantenían cerrados por suturas negras y dos *clamps* de metal. La piel parecía lisa y sensible e inalterada, y no tenía nada de sensación en la superficie del área. Por lo demás no tenía nada de especial, excepto por la ausencia de ese amado montículo que tanto había llegado a amar en 44 años, y en su lugar estaba la extraña y chata planicie por sobre la cual ahora podía, por primera vez desde que tenía memoria, ver el desacostumbrado bulto de mis costillas, mucho más amplio de lo que lo había imaginado cuando estaba oculto bajo mis grandes senos. Ahora al mirar hacia abajo a la derecha podía ver la curva del costado de mi estómago, a través de este nuevo, cambiado paisaje.

Pensé, "¿Cuánto tiempo les habrá llevado a las Amazonas de Dahomey acostumbrarse a sus paisajes cambiados?"

Lloré varias veces ese día, sobre todo, pensé, por cosas sin importancia. Una vez sin embargo lloré sólo porque me dolía mucho el pecho y no podía dormir, otra vez porque sentía como si alguien estuviera pisándome el seno que ya no estaba, con botas con clavos.

Quería escribir en mi diario, pero no podía. En esos días fluyeron por mí tantas cosas diferentes. Y no me atrevía a comprometerme sobre el papel porque la luz iba a cambiar antes de que la palabra saliera, antes de que la tinta estuviera seca.

Al escuchar de nuevo las grabaciones de esos últimos días en el hospital, encontré sólo la voz casi irreconocible de una mujer muy debilitada hablando con muchísima dificultad:

Septiembre 25, cuarto día. Las cosas entran y salen de foco tan rápidamente que es como si hubiera un fogonazo; los días son tan hermosos ahora tan marrón dorado y azul; quería salir al día, quería estar contenta de estar viva, quería estar contenta de todas las cosas por las que tengo que estar contenta. Pero ahora duele. Ahora duele. Hay cosas persiguiéndose entre sí dentro de mis ojos y hay lágrimas que no puedo llorar y palabras como cáncer, dolor, y morir.

No quiero que esto después sea un registro de pesadumbre solamente. No quiero que esto sea un registro sólo de lágrimas. Quiero que sea algo que pueda usar ahora o después, algo que pueda recordar, algo que pueda transmitir, algo que pueda saber que salió de la clase de fortaleza que tengo que nada puede sacudir por mucho tiempo o igualar.

Mi trabajo es habitar los silencios con los que he vivido y llenarlos de mí misma hasta que tengan los sonidos del día más brillante y del trueno más fuerte. Y entonces ya no quedará lugar dentro de mí para lo que ha sido excepto como memoria de dulzura realzando lo que puede y va a ser.

Estaba muy ansiosa por ir a casa. Pero descubrí también, y no pude admitir en ese momento, que la misma blanda blancura del hospital contra el que protestaba y que odiaba tanto, era también una especie de protección, una aislación bienvenida dentro de la que podía continuar no-sintiendo. Era un medio eróticamente vacío dentro de cuyas paredes indiferenciadas y no demandantes e infantilizantes yo podía continuar emocionalmente en blanco (una papilla psíquica) sin que yo ni nadie requiriera que estuviera de otra forma.

Volver a casa a la gente y los lugares que yo más amaba, mientras era algo bienvenido y tan deseable, también me resultaba intolerable, como si estuviera por hacérseme una demanda insostenible que yo iba a tener que satisfacer. Y la demanda la iba a hacer gente que yo amaba, y a quienes tendría que responder. Ahora iba a tener que empezar a sentir, confrontando no sólo los resultados de la amputación, los efectos físicos de la cirugía, sino también el análisis y la incorporación de las demandas y los cambios dentro de mí y en mi vida. Esto alteraría, si no mi cronograma de trabajo, por lo menos los relativos pedazos disponibles dentro de ese cronograma para cualquier cosa en la que estuviera involucrada o que quisiera lograr.

Por ejemplo, había diferentes preguntas sobre el tiempo que tendría que empezar a hacerme. No: ¿por cuánto tiempo me quedo parada frente a la ventana y miro el amanecer subiendo sobre Brooklyn? sino más bien: ¿cuántas más personas nuevas dejo entrar tan abiertamente en mi vida? Necesitaba examinar y seguir las implicancias de esa pregunta. Iba a tener que sondear las profundidades y posibilidades de relacionarme con la gente que ya estaba en mi vida, ahondándolas y explorándolas.

La necesidad de mirar la muerte a la cara y no retroceder, sin jamás abrazarla muy fácilmente, era para mí una tarea de desarrollo y curación que quedaba constantemente al margen debido a las demandas más prácticas e inmediatas de sentir demasiado dolor, y ¿cómo hago para vivir conmigo misma, con un solo pecho? ¿Qué postura adopto, literalmente, con mi ser físico?

Sentía en particular la necesidad (en realidad, ansiaba el contacto) de mi familia, la familia de amigas que habíamos formado, que más allá de todos sus problemas y permutaciones era *mi* familia, Blanche y Clare y Michelle y Adrienne y Yolanda e Yvonne y Bernice y Deanna y Barbara y Beverly y Millie, y además estaban las primas y seguramente Demita y Sharon y ellas, incluso Linda, y Bonnie y Cessie y Cheryl y Toi tan bonita ella y Diane y hasta mi hermana Helen. En todo ese tiempo, hasta los más complicados enredos entre otras y otros miembros de la familia (y había muchos que no tenían nada que ver en forma directa conmigo) todos esos enredos y preocupaciones y malentendidos y testarudeces parecían actividades vitales básicas, y, como tales, sin importar cuán irritantes y fastidiosos

fueran, resultaron ser un apoyo fundamental para mi energía vital. La única respuesta a la muerte es el calor y la confusión de la vida; el único calor confiable es el calor de la sangre. Puedo sentir mi propio latido incluso ahora.

En ese período crítico las mujeres de la familia acrecentaron esa respuesta. Eran macromiembros en la danza de la vida, buscando un ritmo correspondiente dentro de mis tendones, mis sinapsis, mis huesos mismos. En el fantasma de mi pecho derecho, éstos eran los micromiembros desde adentro. Había un ritmo de respuesta en el fantasma de esos sueños que tendría que abandonar en favor de los sueños que tenía alguna posibilidad de efectivizar. Los otros habían estado ahí sin ser usados, reclamando espacio, por mucho tiempo, y en el mejor de los casos necesitaban ser aireados y reanalizados.

Por ejemplo, nunca seré médica. Nunca seré clavadista. Posiblemente me doctore en etimología, pero nunca tendré más hijos. Nunca aprenderé ballet, ni me convertiré en una gran actriz, aunque pueda aprender a andar en bicicleta y viajar a la luna. Pero nunca seré millonaria ni aumentaré mi seguro de vida. Soy quien el mundo y yo no hemos visto jamás.

Castañeda habla de vivir con la muerte como guía, esa aguda consciencia engendrada por la plena posibilidad de cualquier casualidad y momento. Para mí, eso no significa estar preparada para la muerte, pero sí ser capaz de prepararme en forma instantánea, y siempre equilibrar los “quiero” con los “debo”. Estoy aprendiendo a decir mis parlamentos, a inyectar en el mundo viviente mis convicciones de qué es necesario y lo que creo que es importante, sin preocuparme (sin esas preocupaciones enervantes) por si esto se entiende, si es tolerado, correcto, o si ha sido oído antes. Aunque por supuesto ser incorrecta siempre es lo más difícil, pero incluso eso está siendo menos importante. El mundo no se va a detener si yo me equivoco.

Y aún así, a veces desearía tener todavía el mito de durar 100 años en este cuerpo, y que se calmara esta ansia por mi hermana.

Las mujeres que hablan con mi lengua son amantes; la mujer que no hace fintas pero que iguala mi estocada, que oírás; la mujer que tengo en mis brazos, la mujer que me arma, me hace entera...

He descubierto que la gente que necesita pero que no quiere es mucho más difícil de enfrentar que la gente que quiere sin necesitar, porque estas últimas tomarán pero a veces devolverán, mientras que las primeras simplemente absorben constantemente mirando hacia otro lado o empujando y tomando a la vez. Y eso es un derroche de sustancia por falta de reconocimiento de las energías mutuas, y el derroche es lo peor. Sé esto porque he hecho ambas cosas.

Cuando volví del hospital, me resultó difícil no sentirme una paria. Había gente que me evitaba, por su propio dolor o miedo, y otra que parecía esperar que yo repentinamente me convirtiera en una persona distinta de quien he siempre sido, yo misma, quizás una santa o un buda. El dolor no te ablanda ni te ennoblece, en mi experiencia. Era difícil no sentirme una paria, o a veces demasiado vulnerable como para existir. Había mujeres como la asistente del hospital que había flirteado conmigo hasta que supo que la biopsia había dado positivo. Y

entonces fue como si yo hubiera entrado en *pardah**; sólo se me acercaba a la estricta distancia establecida por las reglas.

El status de intocable es muy irreal y solitario, aunque mantiene a todo el mundo a cierta distancia, y protege mientras aísla. Pero se puede morir de ser así de especial, de frío, de aislamiento. No ayuda a vivir. Enseguida empecé a desear el calor de la lucha, el ser como antes aún si mientras tanto el menor contacto amenazara ser insoportable.

El énfasis en usar una prótesis es una forma de evitar que las mujeres acepten su propio dolor y miedo y, por lo tanto, su propia fortaleza. Ya estaba vestida para irme a casa cuando la jefa de enfermeras en jefe entró a mi habitación para despedirse. “¿Por qué no tiene puesto el relleno?”, le preguntó a Frances, que a esta altura ya era reconocida por todas como mi compañera.

“No quiere usarlo,” explicó Frances.

“Ah, no sos suficientemente persistente,” le contestó la enfermera en jefe, y giró hacia mí con una mirada de “basta de pavadas”, y yo estaba demasiado cansada. No valía la pena hacer el esfuerzo por resistirme a ella. Sabía que no me iba a ver mejor.

En casa lloré y lloré y lloré, finalmente. Y me hice el amor a mí misma, sin parar, reiteradamente, hasta que ya no me resultó vacilante.

¿Dónde estaban las tortas que habían tenido mastectomías? Quería hablar con una lesbiana, sentarme y empezar desde un lenguaje en común, no importaba cuán diverso. Quería compartir comprensión lésbica, digamos. La convocatoria fue hecha. Sonny y Karyn vinieron a casa esa tarde, y las cuatro compartimos nuestros miedos y nuestras historias a través de las edades y el color y el lugar y la diferencia y siempre estaré agradecida a Sonny y Karyn.

“Tomalo con calma,” dijo Sonny. “Acordate de que en realidad ahora no estás tan fuerte como te sentís.” Sabía qué quería decir porque me daba cuenta con cuánta facilidad me sentía destruida cada vez que empezaba a creerme mi propia propaganda y me excedía en algo.

Igual me contó sobre su participación en una conferencia pedagógica tres semanas después de su cirugía, y que ahora pensaba que eso probablemente había sido un error. Pero yo sabía por qué lo había hecho, y también lo sabía ella, y las dos sin palabras reconocimos que probablemente lo haría de nuevo. Era la urgencia, la necesidad, de trabajar de nuevo, de sentir el comienzo de una conexión con esa parte de vos misma. Ser útil, incluso simbólicamente, es una necesidad desde cualquier nueva perspectiva de una misma, y pensé en eso tres semanas después, cuando supe que necesitaba ir a Houston a una lectura, aunque me sentía débil e inadecuada.

También estaré siempre agradecida a Little Sister [Hermanita]. Mi cuñado Henry, que vive en Seattle y a quien yo no había visto en siete años, estaba trabajando en Virginia y había venido a Nueva York a ver a mi madre, pasando por Filadelfia donde él había crecido, a buscar a su hermana menor que se llamaba Little Sister, en realidad Li'l Sister.

Li'l Sister había sido bastante descontrolada en su juventud, pero ahora era una señora negra seria y amatrada de Filadelfia con un hijo casi universitario y anteojos sin marco. Yo no la conocía, pero ella conocía muy bien a mi madre. Cuando llegaron a Nueva York mi madre les dijo a Henry y a Li'l Sister que me habían hecho una mastectomía y que acababa de

* La palabra “*pardah*” (del urdu/persa “*paradah*”, velo, cortina) se emplea en India y, muy especialmente, en Pakistán en referencia al modo de vestir de las mujeres musulmanas para ocultarse de los hombres y, por extensión, a un ritual de vida de enclaustramiento que las aparta del mundo exterior. (N. de T.)

volver del hospital, así que decidieron pasar a visitarme en su camino de vuelta a Filadelfia que está a sólo una hora y media al sur de Staten Island.

Por teléfono, mi madre me dijo, con cierto aire de reproche en la voz, “¡En todos estos años, nunca supe que Li'l Sister había tenido la misma operación!” Li'l Sister había tenido una mastectomía diez años antes, y ni su hermano ni sus suegros habían sabido nada.

Henry es uno de los hombre más amables que he conocido en mi vida, aunque no el de más tacto. “¿Cómo va?,” me dijo, dándome un beso y sentándose con su cerveza.

Di la bienvenida a Li'l Sister, compartimos los comentarios y las preguntas de rigor sobre nuestros respectivos hijos e hijas, y pronto estábamos los tres sentados alrededor de la mesa del comedor, Henry con su sombrero y su cerveza, Li'l Sister muy educada, reticente y elegantemente erecta, y yo, bastante desprolija con mi bata. Li'l Sister y yo estábamos profundamente ocupadas hablando de nuestras cirugías, incluyendo experiencias pre- y post-mastectomía. Comparamos datos sobre enfermeras, ejercicios, y si la manteca de cacao retardaba o no la tendencia de las mujeres negras a hacer queloides (el proceso que forma tejido de cicatrización en exceso para evitar la infección).

A cierto punto el hermano Henry medio arrugó la nariz y dijo quejoso, “¿No pueden hablar de otra cosa, ahora? Me están dando vuelta el estómago.”

Li'l Sister y yo lo miramos un momento, y después volvimos a nuestra conversación. No estuvimos de acuerdo sobre las prótesis, pero ella fue muy tranquilizadora, y me dijo a qué cosas estar atenta, como los días de lluvia y los enfriamientos. Faltó que nos mostráramos mutuamente las cicatrices.

Después de una hora, habiendo rechazado otra taza de té, Li'l Sister se paró, alisó su saco y se acomodó los anteojos.

“Bueno, ha sido verdaderamente un placer conocerte, Audre,” me dijo, “de verdad disfruté hablar con vos. Vamos, Henry, tenemos que volver a Filadelfia, ahora.”

Y se fueron. De algún modo, tuve la clara sensación de que nunca había hablado con nadie de su mastectomía antes, por diez años. Puede que esté equivocada.

Aún sostenida por almohadas no podía dormir más de tres o cuatro horas seguidas, por cómo me dolían la espalda y los hombros. Había dolores fijos, y dolores móviles, dolores profundos y dolores de superficie, dolores fuertes y dolores livianos. Había punzadas y latidos y sensaciones de quemazón, molestias y cosquillas y picazones. Cuando me cambiaba el vendaje, miraba: la cicatriz todavía se veía plácida e inofensiva, como las nalgas atadas de un pavo relleno, y cuando me sacaron los puntos, hasta la hinchazón pasó.

Dormía unas pocas horas y después me levantaba, iba al baño, escribía sin anteojos mis sueños en pedacitos de papel, tomaba dos aspirinas, hacía mis ejercicios de la mano, trepando como una araña por la pared del baño, y después volvía a la cama algunas horas más y tenía más sueños.

Funcionaba bastante automáticamente, excepto por el llanto. Cada tanto pensaba, “¿qué como? ¿cómo actúo para anunciar o preservar mi nuevo status como temporaria sobre esta tierra?” y entonces recordaba que siempre hemos sido temporarias, y que sólo nunca lo había realmente enfatizado, o actuado tan completamente a partir de esto, antes. Y entonces me sentía un poco tonta e innecesariamente melodramática, pero sólo un poco.

El día después de que me sacaron los puntos y que me puse tan furiosa con la enfermera que me dijo que yo le hacía mal a la moral del consultorio porque no usaba prótesis, escribí en mi diario:

5 octubre 1978

Me siento como si estuviera contando mis días en milisegundos, ni hablar de horas. Y es bueno, esa particular consciencia del modo en que pasa cada hora, aún si es una hora aburrida. Quiero que esto sea permanente. Hay tanto que no he dicho en los últimos días, que sólo puede ser vivido ahora – el acto de escribir a veces me parece imposible, el espacio de tiempo para que las palabras se formen o sean escritas es lo suficientemente largo como para que la situación se altere totalmente, dejándote como una mentirosa o nuevamente en la búsqueda de la verdad. Lo que parece imposible es hecho real/tangible por la forma física de mi brazo marrón que se mueve por la página; no es que mi brazo no pueda hacerlo, sino que algo lo detiene.

De alguna manera debo airear esta pena, rodear este dolor de calor y luz para darle alguna proporción, y sabe dios que las noticias no son gran cosa – el nuevo papa murió, los yankees ganaron el partido...

Más tarde

Si dijera que todo esto no importa, mentiría. Me doy cuenta de que ésta es una ruptura seria en mi trabajo/mi vida, pero también una seria oportunidad de aprender algo que puedo compartir para que sea usado. Y lloro por las mujeres que limitan su pérdida a la pérdida física solamente, que no pasan a todo el terrible significado de la mortalidad en cuanto arma y poder. Después de todo, ¿de qué podríamos tener miedo después de haber admitido ante nosotras mismas que hemos enfrentado la muerte y no nos hemos entregado? Porque, una vez que aceptamos la existencia real de nuestra muerte, ¿quién puede ya tener poder sobre nosotras?

Ahora ansío más vida: probar y compartir la dulzura de cada momento y cada maravilla que camina conmigo a través de mis días. Y ahora siento de nuevo la gran dulzura de las mujeres que se mantuvieron abiertas a mí cuando necesité esa apertura como la lluvia, que estuvieron disponibles.

Estoy escribiendo esto ahora en un nuevo año, recordando, tratando de armar las piezas de ese pedazo de mi pasado reciente, para que yo, o cualquier otra que lo desee o necesite, pueda sacar de él a voluntad los ingredientes con los cuales elaborar una construcción más amplia. Esa es una función importante del relatar la experiencia. También estoy escribiendo para entender por mí misma quién era yo y en quién me estaba convirtiendo durante ese tiempo, registrando mis artefactos, no sólo para estudiarlos más adelante, sino también para liberarme de ellos. No quiero liberarme de su efecto, que cargaré y usaré internalizado de un modo u otro, sino ser libre de tener que llevarlos conmigo en una parte reservada de mi cerebro.

Pero estoy escribiendo después de un intervalo tan lleno de muerte (muerte real, el hecho de la muerte) que es difícil creer que estoy tan viva y escribiendo esto. Ese hecho de todas estas otras muertes aumenta y aguza mi vivir, hace más particular la demanda sobre mi vida y más crucial cada decisión.

El cáncer de mama, con su consciencia mortal y la amputación que conlleva, puede de todos modos ser una puerta de acceso, por más cruel que haya sido alcanzarla, para aprovechar y expandir mi propio poder y conocimiento.

Debemos aprender a contar a los seres vivos con la misma particular atención con que numeramos a los muertos.

20 febrero 1979

A menudo temo este día, pero mucho más me enoja tener que tener miedo, tener que gastar tanto mis energías, interrumpiendo mi trabajo, simplemente por miedo y preocupación. ¿Mi serie incompleta de vesícula implica que tengo cáncer de vesícula? ¿Mi cutis se está poniendo amarillo también como el año pasado, una señal segura del proceso maligno que había comenzado dentro de mi sistema? Me ofende el tiempo y el efecto debilitador de estas preocupaciones: parece que estuvieran disponibles ahora como diversión así como las mentiras del FBI están disponibles como diversión, con el propósito de desviarnos de nuestros caminos de acción asignados y elegidos.

Debo ser responsable de encontrar una forma de manejar esas preocupaciones para que no me enerven completamente, o agoten la fuerza que necesito para moverme y actuar y sentir y escribir y amar y recostarme en el sol y escuchar la nueva canción de primavera de los pájaros.

Creo que la encuentro en el trabajo, que es su propia respuesta. No evitar el miedo, sino usarlo como combustible para ayudarme en el camino por el que quiero ir. Si puedo acordarme de hacer el salto de la impotencia a la acción, entonces el trabajo usa el miedo y a la vez lo drena, y yo me siento furiosamente empoderada.

¿No hay otra forma?, dije.

En otro tiempo, dijo ella.

28 febrero 1979

Audre Lorde (1934-1992)

Audre Lorde nació en la ciudad de Nueva York el 18 de febrero de 1934, hija de Linda Belmar y Frederick Byron Lorde, inmigrantes de Grenada. Escribió su primer poema cuando estaba en la escuela primaria. Empezó a tomar cursos en el Hunter College de Nueva York en 1951, y finalmente obtuvo su licenciatura en 1959. En 1961 recibió su Master en Bibliotecología de la Columbia University. Después de varios años de trabajar como bibliotecaria, durante los cuales se casó y tuvo a sus dos hijos, Lorde recibió un subsidio de NEA en 1968 y fue contratada como “poeta residente” por el Tougaloo College. Allí conoció a Frances Louise Clayton, quien fue su pareja durante diecinueve años. Publicó su primer libro de poesía, *The First Cities*, en 1968. En 1978 comenzó a trabajar como profesora de inglés, primero en el John Jay College of Criminal Justice de Nueva York, y luego en el Hunter College.

Tanto su poesía como su prosa han recibido numerosos honores, incluyendo una nominación al National Book Award por *From A Land Where Other People Live* en 1974, el American Library Association Gay Caucus Book of the Year Award por *The Cancer Journals* en 1981, el Manhattan Borough President’s Award for Excellence in the Arts en 1988, y el American Book Award por *A Burst Of Light* en 1989. En octubre de 1990, la vida y la obra de Lorde fueron celebradas por más de mil mujeres que asistieron a la conferencia “I Am Your Sister” en Boston.

Audre Lorde murió de cáncer el 11 de noviembre de 1992.